

BF1615

66
v. 2

Nigromancia Hebreica

1876

El Magnetismo, el sonambulismo y el espiritismo

POR

Salustiano Gómez

ABOGADO

Quid est quod inquit quid sit
est. Quid est quod inquit quid sit
quod inquit est.
Quid est quod inquit quid sit
habetur que est; Quis est qui se
habetur. Lo mismo que se ha de hacer.
Revisado el 10-9

Revisión de la "Voz de México"



TOMO II

MEXICO

Imprenta de J. R. Barbedillo y C. Sca

1876

FONDO PATRIOTICO
VALVERDE Y TELLEZ

CAPITULO I

SUMARIO.

Exámen de la teoría del sonambulismo.—Hay quienes tra-
ten de conciliar éste con el magnetismo.—Condiciones
que se presuponen para la producción de los fenóme-
no.—Contradicción entre los partícipes de una y otra
teoría.—No se niega el sonambulismo artificial, mas
él no explica los fenómenos.—Se demuestra esto res-
pecto de los físicos y de los mecánicos.—Caso referido
por Puységur.—Los pájaros de M. Treffen más inte-
ligentes que el aldeano de Buzancy.—Se necesitan una
inteligencia y una voluntad para la producción de lo-
fenómenos, pero no pueden ser las del sonámbulo.—El
hipnotismo tampoco da la explicación.—Demostración.

Toca su turno al exámen y refutación del
sonambulismo, así como al de las otras teorías
psicológicas, á cuya cabeza le hemos colocado.

Se pudo notar en la exposición de aquella his-
tória (1) que algunos, reflexionando seriamente
sobre la cuestión, se desvanecieron las más valiosas
ilusiones que sobre el se (1) Cap. XIX tomo I

009943

te sobre la ineficacia de un agente físico para explicar fenómenos de naturaleza contraria, pero apegados, sin embargo, al sistema de las preocupaciones que forman su filosofía, se han visto obligados á señalar otra causa más homogénea y proporcional, y han creído que el sonambulismo puede serlo.

Entre ellos, hay unos que tratan de conciliar el magnetismo con el sonambulismo, considerando este como la causa inmediata de los fenómenos, y aquel como la materia de la causa; y otros que no creen necesaria su intervención. De aquí el sonambulismo magnético del siglo XVIII y el *hypnotismo* ó sueño nervioso del siglo XIX. Todos, no obstante, convienen en que para la producción de los fenómenos se necesita que el hombre salga del estado de vigilia y entre en el de sueño más ó ménos lúcido; importando poco que esto suceda mediante la influencia magnética á consecuencia de excitación nerviosa casual ó espontánea.

Sí, llama la atención una cosa, que no sabemos como no se ha observado todavía por las personas científicas que se han consagrado al estudio del sonambulismo, siendo así que ella sería parte á desvanecer las más halagüeñas ilusiones que sobre él se hubiesen formado. Esta

cosa que llama la atención es que los defensores del magnetismo, considerando este como un ser intermediario entre el espíritu y la materia, suponen que para la producción de los fenómenos, hay necesidad de que el alma se comuniqué con el cuerpo por medio de un agente más eficaz, y que obedezca y ejecute más prontamente que los sentidos las órdenes de la voluntad; mientras que los partidarios del *hypnotismo* consideran indispensable para que los fenómenos se produzcan, y la explicación tenga apariencias de razonable, que el alma se aisle y se independice del cuerpo, de tal modo que tanto más crecen y se multiplican los prodigios, cuanto mayor es la distancia á que se coloca la una del otro, y cuanto más completa es su independencia. Los primeros, en suma, tienen en cuenta la materia, aunque una materia más sutil y vaporosa; y los segundos la creen un obstáculo. La oposición no puede ser más diametral; y ella sola basta á un entendimiento reflexivo para ver con desconfianza la hipótesis del sonambulismo, sospechosa desde el momento en que los que la aceptan no se pueden entender. Nosotros no negamos el hecho del sonambulismo artificial; le creemos posibles atentas las semejanzas que guarda con el noctambulismo ó

sonambulismo natural. No nos parece imposible que haya varios agentes que produzcan el sueño, unas veces tranquilo y reposado, como el que produce la fatiga corporal, otras veces acompañado de visiones más ó menos gratas, como el producido por el opio ó el *hatchiz* de las Indias, y de delirios ó perturbaciones más ó menos violentas, como el que infunde en el cerebro de algunos nuestro tabaco ó nuestra *marijuana*. Lo que negamos es que el hombre en semejante situación pueda ser la causa de los hechos que nos ocupan.

Y desde luego no lo es de los físicos ó mecánicos, como el simple movimiento giratorio de las mesas, sus saltos, sus estremecimientos y sus compasadas carreras. Tampoco lo es de los ruidos, de las voces y de las armonías; de las luces, truenos y relámpagos que se suelen formar en torno del sonámbulo, ni de los aromas que impregnan los aires, ni de los aires que soplan, ni de las risotadas que se oyen, ni de las manos que escriben, y acarician á los circustantes, etc., etc. Y no puede serlo; porque tales hechos tienen lugar fuera de la acción del sonámbulo porque no se unen á él por ningún género de vínculo; porque ellos suponen una causa en plena actividad y desarrollando á la

vez no una virtud en diversas suertes modificada, sino muchas virtudes esencialmente distintas; y que es difícil, digamos más bien, imposible que concurren en un mismo sujeto.

Si lo cierto es que el sonámbulo, influenciado por las corrientes magnéticas, queda dueño de un instrumento más delicado á los sentidos, que sea más dócil á las insinuaciones del espíritu; es decir, si no se aísla en realidad de la materia, sino que se une á ella de cierta manera eminente que le permite dominar en ella con una suma de poder mayor, convirtiéndose lo que era obstáculo en camino llano y quedando fundidas como por encanto las cadenas que sujetaban la acción de su inteligencia, la explicación de estos fenómenos que, al parecer, se puede fundar en el sonambulismo magnético por una parte, por la otra salta á los ojos que no se la pueda dar cimientos menos consistentes y menos sólidos.

Porque en este supuesto se cuenta, es verdad, con un instrumento; pero no basta el instrumento, sino que es menester una inteligencia que sepa obrar y una voluntad que lo quiera. Y los hechos observados, sin excepción alguna, están constantemente diciendo que la inteligencia del sonámbulo no funciona cuando suceden los fenómenos, y (que su voluntad no es parte si-

quiera ya no digamos á mover el cuerpo que en el estado de vigilia mueve, como quiere y cuando quiere, pero ni aun á impedir ciertos movimientos que no son naturales en él, y que á pesar suyo la agitan y le atormentan.

Si el sonámbulo, aiviéndose del fluido, puede mover los objetos que le rodean, sin tocarlos, y sin que sea obstáculo la distancia, es de rigorosa consecuencia que no le sería imposible mover su propio cuerpo de la manera y en el sentido que quisiera, y moverlo tanto más eficazmente cuanto á que la distancia que le separa del cuerpo es nula; y de hecho no lo puede. ¿Cómo, pues, contra todo criterio, sin excluir el infalible de las matemáticas, se admite en él una potencia que es capaz de mucho é incapaz de algo, que vence masas enormes, y es vencida por un átomo? Dadnos un número mayor que no contenga al número menor, una decena que no contenga unidades, una centena que no contenga decenas; y pasaremos por esa potencia extraña, á pesar de los absurdos porque sería necesario pasar. Cuando hagais todo ó algo de lo poco que os pedimos, entónces dejaremos nuestras banderas y no nos avergonzaremos de ir á militar bajo las vuestras. Teneis el plazo que os otorgamos; no podemos ser más largos, cuando

el que os concedémos comprende todos los siglos por venir.

La inteligencia del sonámbulo no funciona y su voluntad se encuentra encadenada. Si la inteligencia del sonámbulo funcionara, tendría conciencia de sus operaciones, y discurriría, si se quiere, con mayor lucidez, pero sin salir del círculo de las ideas adquiridas; y no tiene conciencia de sus operaciones y sus discursos son á veces de una profundidad que pasma y maravilla. Si se sintiera libre, podría salir á la hora que quisiera de un estado de verdadera lucha y sufrimiento, cual es el de letargía, catalepsia ó simple sonambulismo, en que le obligan á entrar las corrientes magnéticas; y no lo puede.

Oigamos un caso referido por Puysegur. No es único; como él son todos los que se han observado y observan; pero queremos citar á quien menores sospechas puede infandir en los que combatimos. “Con un hombre sencillo, dice, con un aldeano, alto y robusto, de 23 años de edad, naturalmente agobiado por la enfermedad ó más bien por el pesar, y por lo mismo, más dócil al agente de la naturaleza; con este hombre, repito, *me instruyo y me ilustro*. Cuando se halla magnetizado, no es un aldeano que sabe responder apenas una palabra. *¡Es un ser que yo no*

puedo nombrar! No tengo necesidad de hablarle; pienso en presencia suya, y me oye y me contesta. Si acaso viene alguno al lugar en que nos encontramos, le ve; con tal que yo lo quiera, él le habla, le dice las cosas que deseo le diga, *no siempre tales cuales yo las dicto, sino cuales las exige la verdad.* Cuando quiere decir más de aquello que yo no extimo prudente que se diga, contengo su *verba* con una sola palabra, y cambio su idea en teramente. No conozco nada de más profundo ni de más penetrante que este aldeano, cuando entra en crisis.” Como se ve, la inteligencia del aldeano desaparece y se eclipsa ante la inteligencia de ese sér que Puysegun no se atreve á nombrar; y la voluntad propia del sonámbulo está sujeta á la menor palabra del magnetizador.

Pero se replicará: si lo que hace falta es una inteligencia en ejercicio de sus facultades y una voluntad dueña de sus acciones, ahí teneis la inteligencia y voluntad del magnetizador que infunde el sueño, inteligencia y voluntad que obran tantas maravillas, sirviéndose del sonámbulo como de un instrumento. Mas, ¿no estais viendo por el mismo pasaje, que no puede ser la inteligencia de aquel que confiesa sin empaño que ignora las cosas secretas que se le des-

cubren, una vez que *es instruido é ilustrado* por el sonámbulo? ¿No oís que las respuestas de este no son *tales cuales* aquel *las dicta, sino cuales las exige la verdad?* Y en cuanto á la voluntad, ¿es posible querer lo que de antemano no se conoce? Entónces ¿qué significa este axioma de filosofía moral, *nihil volitum nisi præcognitum?*

No son la inteligencia ni la voluntad del sonámbulo ni del magnetizador las que llegan á tantas alturas y sondcan tan inmensas profundidades. Un hecho palpante, [sobre cuya verdad deponen gran número de testigos intachables, nos basta para demostrarlo. ¿Un pájaro tiene inteligencia, es capaz de voluntad? No, responden el naturalista y el filósofo de consumo. Pues los pájaros de M. Treffen, magnetizados de la misma manera que el aldeano de Buzancy, suplen bien al hombre: se muestran soberanamente inteligentes: sostienen pláticas sobre qualquiera materia, aun las mas elevadas, adivinan y profetizan. Enulos de las cabras y de las mesas de que habla Tertuliano, *per quos caprae et mensae divinare consueverunt* no desmienten sus desmendidas aspiraciones.

“La Austria, se pregunta á los pájaros, se verá complicada en una guerra en el invierno de 1858?”— Uno de ellos no hace esperar por mu-

cho tiempo la respuesta; busca con su diestro pico entre los caracteres esparramados bajo sus patas doctísimas, los que forman esta frase: —“Sí, si tal personaje lo juzga oportuno.”—No son sus respuestas como las del oso y el toro sabios del Circo Nacional, que para decir una necesidad, han tenido que pasar por los rigores de una larga escuela. Se trata de pájaros recientemente cogidos en las selvas, de pájaros que muchas veces mueren ahogados por el furor sagrado que hacia temblar á las antiguas pitonisas. (1)

Son necesarias una inteligencia y una voluntad que determinen los fenómenos, es cierto; pero no pueden ser la voluntad ni la inteligencia del sonámbulo ni del magnetizador, está demostrado.

Ahora, si para explicar los fenómenos por el sonambulismo, nos fijamos, no en el magnético, que, como se ha visto, no satisface, sino en el nervioso ó hipnotismo, no con eso adelantaremos más.

Y en efecto, si hipnotizado un hombre cualquiera mirando de hito en hito una superficie brillante, ó la extremidad de un objeto, como

(1) Véase á M. Des Moasseaux. *La magie au XIX siècle* y á M. Delaage.

la nariz, resulta que ese hombre se torna sonámbulo, y queda aislado absolutamente de la materia, pues no se ha puesto en juego ningun fluido que desempeñe el papel de *mediador plástico*, ¿como si está aislado y desprendido, no solo de los cuerpos que le rodean, sino de sus propios sentidos, puede comunicar á aquellos movimientos tan complicados y varios? Si el móvil no está unido al motor en algun modo, el movimiento, que no es otra cosa más que la participacion de la virtud de éste en aquel, es imposible de todo punto. Romped el alambre que une las dos estaciones de un telégrafo, y por saturados que estén de el ectricidad los aparatos, no lograreis comunicar una palabra, la mas corta, una idea, la mas sencilla.

Como para la produccion de los mismos fenómenos físicos, se necesita una voluntad, supuesto que no suceden casual ni necesariamente, y una inteligencia, porque van encaminados á un objeto, es necesario examinar si pueden serlo la voluntad é inteligencia del *hipnotizado*; y entónces vienen de lleno todas las razones expendidas en contra del sonambulismo magnético; advirtiéndolo que no queda en este supuesto el recurso de acudir á la voluntad é inteligencia del magnetizador, pues no le hay. El sonámbu-